

ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE



(26) 21.- LOS ZOMBIES EXISTEN...

Y somos nosotros

Si el problema no es el sistema...
y los responsables, somos nosotros,

entonces:

¿por qué no lo vemos?

Porque si fuera evidente,
ya habríamos cambiado.

Pero no lo es.

Y un razonamiento inquietante cruzó mi mente:

no solo actuamos sin conciencia...

vivimos sin darnos cuenta de que lo estamos haciendo.

Como si estuviéramos dormidos.

Como si estuviéramos en automático.

Como si estuviéramos vivos...
pero sin realmente estarlo.

Y entonces, comencé a relacionar eventos:

A lo largo de este libro hemos recorrido distintas tradiciones que hablan del final de una era: las profecías mayas asociadas al 2012, las leyendas Hopi, sobre la última oportunidad de corregir el

rumbo antes del fin, los relatos nórdicos del Ragnarök o las antiguas escrituras en la biblia.

Todas ellas, desde culturas distintas y separadas por siglos, parecen señalar el mismo momento de transición en la historia de la humanidad.

Sin embargo, entre esas visiones aparece también otra imagen inquietante.

En el imaginario apocalíptico de algunas tradiciones, se habla que al final de los tiempos, los muertos caminarían sobre la Tierra. Incluso en el Evangelio de Mateo aparece un pasaje extraño en el que los muertos se levantan y caminan entre los vivos.

Siglos después, el argentino Benjamín Solari Parravicini describiría en sus psicografías una humanidad que viviría de manera automática, desconectada de su espíritu.

Son imágenes antiguas, expresadas con los símbolos de su tiempo.

Pero al observar el mundo actual, no pude evitar preguntarme si esa coincidencia escondía algo más.

Tal vez aquellos visionarios no estaban describiendo cadáveres levantándose de sus tumbas.

Tal vez estaban viendo algo distinto.

Nos vieron a nosotros, caminando sobre la Tierra... pero habiendo perdido la conciencia de estar vivos.

En este sentido podríamos decir que... los zombies existen,

Y somos nosotros, una humanidad, sin humanidad.

Porque al tratar de entender por qué se me había entregado el concepto de la deshumanización del hombre, todo parecía apuntar una y otra vez hacia nuestra propia responsabilidad. Y comprendí algo fundamental:

La humanidad no está afuera.

La humanidad comienza en cada uno de nosotros.

Cuando hablamos de humanidad, se escucha como una palabra ajena que se refiere a “todos los demás”. Suena inmenso, por lo tanto, todo lo que se refiere a ella debe ser inmenso, y el percibirlo así generalmente causa un efecto abrumador. Pero recordemos que nosotros somos parte de esa humanidad. Yo, tú, él, nosotros, el vecino, el indigente, el artista, el presidente, el millonario... todos somos parte de la humanidad. Y por eso, entender a la humanidad comienza inevitablemente por entendernos a nosotros mismos.

Así que es de suma importancia identificar cómo estamos cada uno de nosotros.

Pregúntate a ti mismo:

¿cómo estoy?

¿estoy cansado?

¿estoy abrumado?

¿estoy harto?

¿tengo ilusión?

¿tengo amor?

¿doy amor?

¿tengo conciencia de la vida y de lo maravillosa que es?

¿he cedido mi voluntad?

¿he caído en la apatía?

¿soy un abusivo o soy un abusado?

¿en realidad estoy viviendo o estoy sobreviviendo?

Cada uno de nosotros cuenta. Somos los ingredientes de la receta perfecta de la vida. Si usamos sal en exceso, la echaremos a perder, ya que será demasiado salada. Por otro lado, si usamos muy poca, también la arruinaremos, ya que será completamente desabrida.

Es importante recordar que, si bien todos somos diferentes y todos somos individuales, si observas bajo un microscopio cada grano de arena en la playa, verás que cada uno es diferente. Sin embargo, en conjunto son armoniosos y forman una hermosa playa.

Así que las preguntas que resuenan en mí son:
¿Por qué ya no está funcionando?
¿Cómo llegamos a este punto?

Si te estás preguntando:
¿a qué punto?
¿qué es lo que no está funcionando?

Ahí está el problema.

Haciendo uso del verdadero significado de las palabras, es importante decir que la palabra “humanidad” puede tener dos significados distintos, de acuerdo al contexto en el que se le utilice. La palabra humanidad proviene del latín *humanitas*. La raíz de esta palabra es *homo*, que significa “hombre”. *Humanitas* se usaba en la antigua Roma para referirse a la cualidad de ser humano, incluyendo aspectos como la cultura, la educación, la compasión y la civilización, así como la comprensión, la empatía y la benevolencia hacia otros seres.

Por lo tanto, la palabra humanidad se utiliza para referirse a la calidad, condición o naturaleza de ser humano, pero también puede referirse a la raza o especie humana en su conjunto; es decir, a todos los individuos que pertenecen a la especie *Homo sapiens*.

Así que, una vez teniendo en claro el uso de la palabra humanidad, podemos decir que, en la complejidad de la vida, cuando a un *Homo sapiens* —un humano desde una perspectiva biológica— se le suma la humanidad, es decir, las cualidades que lo hacen compasivo, ético y empático, se convierte en un ser humano en un sentido más completo y ético.

Cuando dos seres humanos —individuos completos en el sentido ético— se relacionan y se multiplican, generan y propagan la humanidad en sus sociedades y comunidades.

Cuando un ser humano pierde las cualidades que conforman su humanidad, como la empatía, la compasión o la ética, se convierte

en una especie de “zombi” (en sentido figurado). Es decir, un ser desprovisto de la esencia humana.

Si estos seres deshumanizados —zombis o personas sin humanidad — continúan multiplicándose, esto finalmente llevará a la extinción de la humanidad, ya que la sociedad se alejará de las cualidades éticas y compasivas que la definen como tal, a pesar de que el hombre continúe recorriendo la Tierra como simples *Homo sapiens*.

A esto me gustaría llamarle: **“La Ecuación de la Humanidad.”**

No fue una idea que razoné ni una conclusión a la que llegué. Fue un mensaje. Llegó claro, simple, sin necesidad de muchas palabras. Reconocí su origen de inmediato. Solo tuve que escuchar... y entender.

Al recibirlo, comprendí que:

El hombre no es sinónimo de humano,
ni el humano lo es de ser humano.

El hombre es biología.
El humano es posibilidad.
Pero el ser humano... es conciencia.

Y solo de la conciencia nace la humanidad.
El axioma dice así:

El hombre con humanidad se convierte en ser humano.

Muchos seres humanos conforman la humanidad.

Por lo tanto:

Un ser humano sin humanidad deja de ser humano.

Y si la humanidad se deshumaniza,
entonces la humanidad dejará de existir.

Aunque la Tierra siga habitada...
por millones de hombres.

Trataré de explicar mi punto de vista yendo desde lo particular hasta lo general; es decir, desde la persona como parte de la humanidad, hasta la humanidad como resultado de la persona.

Cada año, Mony comenzó a notar que, en marzo y a veces en febrero, nuestra ruta habitual desde casa hasta la oficina se llenaba de flores. Era un espectáculo imposible de pasar por alto. Cada mañana, mientras nos dirigíamos al trabajo, y por las tardes al regresar a casa, además de disfrutar del hermoso cielo que nos brinda California, nos maravillábamos con el paisaje colorido de lo que aquí se conoce como flores salvajes o *wildflowers*.

Nos sorprendió notablemente que, al comentar esto con conocidos y desconocidos, absolutamente nadie parecía haberse percatado de su existencia.

“No las he visto”, era la respuesta común.

Este fenómeno nos recordó a nuestra misteriosa “Kachina”, que nadie pudo avistar, a pesar de haber iluminado el cielo nocturno durante meses, resplandeciendo como el faro de un helicóptero.

Lo mismo ocurría con los cielos a los que estábamos acostumbrados: azules, despejados, y en los que a veces extraños aviones dejaban una estela de “algo” que se extendía a lo largo de kilómetros para luego expandirse y formar nubes artificiales. Al preguntar si alguien las había notado, la mayoría respondía de inmediato que no, mientras que algunos —muy pocos— se quedaban pensativos durante un minuto para después decir: “Creo que sí las vi.”

Pero nadie le daba importancia, y mucho menos se cuestionaban qué era aquello que se estaba rociando en el cielo.

Sin embargo, la reacción era completamente distinta cuando se trataba de un accidente en la carretera. Incluso si este había ocurrido en el carril opuesto.

¿Has notado cómo la gente se detiene para echar un vistazo?

También empezamos a notar que, al preguntar a amigos cercanos acerca de sus experiencias en viajes asombrosos, sus respuestas eran desconcertantes, llegando a decir cosas como:

“Sí, fuimos al Cañón del Colorado... pero no vayan. ¡Son solo piedras!”

O cuando, emocionados por platicar acerca de las maravillosas pirámides de Egipto y todos sus misterios, le preguntábamos a un viajero recién regresado:

“¡Cuéntanos! ¿Qué te parecieron las pirámides?”

Solo para recibir respuestas como:

“¿Qué te puedo decir? Son solo tumbas.”

No podíamos creerlo. La lista de ejemplos que podría compartir de situaciones similares sería interminable.

Parecía como si el valor de los lugares ya no dependiera de su ubicación geográfica ni de las maravillas que ofrecían —sus paisajes impresionantes, la flora, la fauna o el clima—, sino de factores como la opulencia de los hoteles, la animada vida nocturna o la comida de los restaurantes.

Daba la impresión de que la capacidad de asombro por las maravillas naturales se estaba perdiendo.

Además, empezamos a notar un malestar después de pasar tiempo con amigos o conocidos. Cuando teníamos la oportunidad de reunirnos y platicar, notábamos en ellos una cierta distracción. Buscaban cualquier excusa para desviar la conversación y llevarla hacia la suya, que por lo general no tenía nada que ver con el tema hablado.

Y así, mágicamente, nos encontrábamos hablando de sus malas experiencias en la oficina, de lo mucho que detestaban a sus jefes, de que estaban hartos del trato que recibían o de los problemas que tenían con los clientes.

Incluso llegaban a quejarse de sus parejas, sus hijos o sus familias, repitiendo historias una y otra vez, a veces olvidando que ya nos las habían contado en varias ocasiones.

Como si los problemas y las preocupaciones hubieran superado el límite, y aunque intentaran distraerse, no podían liberarse de ese estado de ensimismamiento.

Hubo una ocasión en la que una persona nos invitó a Mony y a mí a comer en su casa. Teníamos una relación de trabajo y cierta cercanía, aunque no éramos realmente amigos.

Cuando nos sentamos a la mesa, de repente, y sin previo aviso, comenzó a compartir con nosotros todos sus problemas, incluso detalles muy íntimos, hasta cómo los amigos de su padre habían abusado de ella cuando era niña.

Después de ese extenso monólogo, Mony y yo nos sentimos enfermos durante casi tres días. Experimentamos una sensación de agotamiento total, como si nuestra energía hubiera sido drenada por completo, o tal vez nos habíamos saturado de la energía negativa de esa persona.

Nos aquejaron dolores de cabeza terribles, y nuestros cuerpos parecían necesitar expulsar toda esa negatividad con episodios de vómitos.

Curiosamente, durante la década de 2010 a 2020 se popularizó en la psicología informal un término que describe este tipo de situaciones: “vampiros energéticos”; personas que, consciente o inconscientemente, descargan su peso emocional sobre los demás hasta dejarlos exhaustos.

Por otro lado, también estaban las personas que se enfocaban en hablar de sus logros financieros, cuentas bancarias, compras recientes y gastos excesivos.

La pregunta estándar era:

“¿Cuánto facturaste?”

Lo que nos llevó a evitar responder positivamente durante un tiempo para escapar de esa pregunta insana.

Parecía que intentaban medir la felicidad por la acumulación de bienes y el saldo en el banco, como si estos fueran el único indicativo de bienestar.

No faltaban tampoco aquellos que vivían a través de las vidas de los demás, relatando interminablemente los éxitos de sus vecinos, amigos de amigos y otros conocidos, sin permitir espacio para una conversación auténtica y significativa.

También están aquellos que viven obsesionados con la edad.

Desde el momento en que te ven, lanzan el comentario irónico o el juicio disfrazado de cortesía:

“¡La última vez te veías más joven!”,

o

“Ya ganaste peso... igual que yo.”

Pareciera que su vida gira en torno al paso del tiempo, como si se esforzaran en convencer a todos —y a sí mismos— de que ya están viejos.

Han hecho de la edad una excusa y del desgaste una bandera.

Se encorvan antes de que el cuerpo se los exija, bajan los lentes a la mitad de la nariz para mirarte por encima, y toda su conversación orbita en torno a los males que los aquejan.

Repiten una y otra vez que “ya estamos grandes”, o “ya llegué a la edad en que todo me duele”, como si en lugar de vivir su edad la estuvieran actuando.

Viven en un papel de muerto en vida, en una especie de autoanulación voluntaria.

Y, ¿qué decir de aquellos que han optado voluntariamente por desconectarse de la realidad, eligiendo como compañía a su teléfono?

Sacrifican su presencia en el aquí y el ahora por una compañía virtual constante, perdiéndose detrás de las pantallas de sus teléfonos móviles.

Ya no importa si están conduciendo, poniendo en riesgo sus vidas y las de otros, o si están sentados en una mesa durante una reunión donde, en realidad, no están presentes, pues su atención se encuentra en otro lugar.

Todo esto, cada vez más aceptado y considerado como normal en la sociedad actual, con el tiempo me llevó a rechazarlo y a vol verme intolerante frente a ello.

Ya no quería escuchar quejas sin acción.

Los chismes y el juzgar a los demás no me interesaban.

No quería escuchar a personas que alardeaban de los logros ajenos mientras mostraban lo contrario en su propia vida.

Luchábamos por mantener nuestra luz y nuestra vitalidad encendidas, construyendo nuestra salud desde una programación mental, y no estábamos dispuestos a cederlas al conformismo.

Y no podía estar con quien no estaba presente, aun estando en la misma mesa.

Parecía que, la belleza de vivir se había convertido en algo superficial, donde lo material tenía un valor desproporcionado y el respeto por la presencia se había perdido.

Esta situación es tan triste como preocupante.

Parece como si las personas fueran ollas a presión a punto de estallar.

Se les percibe molestas, distraídas, tristes e inconformes, y a medida que envejecen esto se agrava, alcanzando niveles notables de frustración.

No se trata de criticar o juzgar a nadie, se trata de reconocer.

No estamos hablando de maldad, aunque la violencia también es parte de esta deshumanización, estamos hablando de desconexión, de la pérdida de nuestra humanidad sin darnos cuenta.

Lamentablemente, muchas de las personas a nuestro alrededor se han transformado en autómatas, repitiendo la rutina diaria programada en sus vidas.

Terminan sus días fastidiadas y cansadas, intentan dormir y repiten el ciclo al día siguiente, transformándose lentamente en zombis.

Pero no como muertos vivientes en el sentido físico.

Sino como algo mucho más inquietante: vivos que han perdido la conciencia de estarlo.

¿Dónde estaba su conciencia?

¿Qué estaban haciendo con ella?

Pero lo más incómodo de aceptar era:

¿Qué estaba yo haciendo con la mía?

¿De que manera me comporto yo?

Y en ese momento... entendí algo, que no había querido ver:

Esto... no se trata de analizar, o juzgar, a todos los demás...

Se trata... de voltear a verme... a mí mismo.





(27) 22.- Quizá no sabemos... que no sabemos

Después de aceptar algo tan incómodo como que el problema no estaba afuera, sino, en uno... como parte de la humanidad...

pensé que lo difícil ya había pasado.

Pero no.

entenderlo... no significaba verlo.

Porque una cosa es saber que el problema existe...
y otra muy distinta, reconocerlo en uno mismo.

Pero...

¿y si no lo vemos

porque ni siquiera sabemos qué ver?

Porque... una cosa es la desconexión por apatía...

y otra muy distinta, actuar desde la ignorancia.

Y ahora tocaba vernos en el espejo... sin miedo.

Sin justificaciones.

Sin excusas.

Lo importante era que Mony y yo ya habíamos identificado esos comportamientos...

Así que, hablando por mí:

¿estaba yo actuando igual... y no me había dado cuenta?

Porque quizá el primer paso para no convertirse en un zombie... es aceptar algo aún más incómodo:

que ya estamos infectados.

Porque hay algo peor que no saber:

no saber que no sabes.

Porque cuando no sabes,
al menos puedes aprender.

Pero, cuando no sabes que no sabes...

no hay nada que cuestionar.

Nada que cambiar.

Nada que corregir.

En el Foro Landmark se aborda un concepto denominado: “los cuatro cuadrantes del aprendizaje”. Y estos cuadrantes son:

- 1.- No sabes, que no sabes.
- 2.- Sabes, que no sabes.
- 3.- No sabes, que sabes.
- 4.- Sabes, que sabes.

Esto era un concepto que había estudiado en el Foro años atrás, y que en su momento me abrió una forma distinta de entender cómo vemos la vida...

y que ahora, encajaba perfectamente con lo que estaba ocurriendo frente a mí.

Porque lo primordial es aceptar que las cosas están mal... desde uno mismo.

Jamás se arreglará nuestro entorno si no comenzamos por nosotros. Si no lo aceptamos, nunca intentaremos reparar lo que creemos... que no necesita arreglo.

Pero si ahora sabes... que lo sabes,
ya no tienes excusa para no evitarlo.

Ni para no cambiar.

Porque, realmente no es que no sepamos lo que hacemos...

es que elegimos no verlo.

Es como caer en un vicio, y querer justificarlo culpando a la vida por llevarnos a él.

La responsabilidad de nuestras decisiones recae únicamente en nosotros, ya que es nuestra elección inicial la que nos conduce a ese primer momento; después... simplemente, no sabemos cómo detenernos.

Lamentablemente, y siguiendo con el ejemplo, no solo es como caer en un vicio, sino también como si nos rodeáramos de personas que comparten ese mismo vicio.

En ese entorno, es poco probable que surja una reflexión sobre cómo escapar de él. De hecho, es muy posible que ni siquiera consideremos que estamos atrapados en un círculo vicioso, lo que refuerza la percepción de que nuestro comportamiento es normal, y que sus consecuencias forman parte de esa misma normalidad.

De igual manera ocurre con el egoísmo, la arrogancia, el egocentrismo y la creencia en nuestra supremacía como seres humanos, que nos ubican en el epicentro de todo cuanto existe.

A esto se le conoce como “Antropocentrismo Extremo”.

El abuso se ha vuelto tan común...
que ya ni siquiera lo vemos.

Y ese es el verdadero problema.

Porque si no somos conscientes de ello, termina siendo invisible para todos, pero la realidad está ahí, acrecentándose cada vez más, hasta que finalmente estalla en nuestros rostros.

Este es el camino que nos conduce a la autodestrucción, ya que los elementos que componen nuestra personalidad actual —el egocentrismo, el abuso, el victimismo, el materialismo desmedido — pueden resumirse en una sola palabra: Angelismo.

Nos estamos deshumanizando.

Recuerdo algo que me marcó profundamente.

Cuando comenzábamos en el mundo emprendedor, un empresario —cliente nuestro en ese momento— me dio un consejo “no pedido” que nunca olvidé:

Después de ganar una cuenta, en un concurso ante otras agencias, el me dijo “Felicidades, ahora lo único que te falta... es malicia.”

No dijo experiencia.

No dijo calidad.

No dijo seguridad.

Dijo... malicia.

Y en ese momento entendí algo muy triste de ver:

para muchos, el crecer no se trata de mejorar, de ser competitivo... sino de aprovecharse.

De anticiparse al otro, de cualquier manera... solo para ganarle.

Y ahí fue donde todo empezó a encajar.

Porque entonces comprendí algo más profundo:

no es que el abuso exista...
es que se recompensa.

No es que el egoísmo aparezca...
es que se normaliza.

Y cuando algo se normaliza...
deja de cuestionarse.

Y cuando deja de cuestionarse...
se convierte en parte de la vida.

Y así, poco a poco...
nos volvemos indiferentes.

Como zombies.

Caminando.
Consumiendo.
Reaccionando.

Pero sin cuestionar.
Sin sentir realmente.
Sin detenernos a pensar en las consecuencias.

Alguna vez, en LOBO como parte del Servicio a una Empresa,
hicimos una dinámica de equipo.

El objetivo era: reforzar los valores morales.

No solo no funcionó, sino que nos sorprendió cuando el 90% del
equipo, nos dejó saber que no sabía lo que eran los valores
morales, simplemente, no los conocían.

La pregunta aquí es: Como puedes poner en práctica algo que no
conoces?

Hasta ese momento, ellos No sabían, que no lo sabían.

La actitud y el rendimiento del equipo mejoró, después de conocerlos.

En este sentido... recuerdo cuando Mony y yo visitamos California por primera vez, cada uno por su cuenta, años antes de conocernos. Ambos habíamos quedado cautivados por lo mismo: el respeto.

Era un lugar donde la ley no solo se cumplía... se respetaba. Donde la abundancia no generaba envidia... se disfrutaba.

Recuerdo ver mercancía exhibida fuera de las tiendas durante todo el día y la noche... sin que nadie se la llevara.

Políticas de devolución en tiendas, tan abiertas, que parecían absurdas... y sin embargo, funcionaban.

Había algo ahí que no era común: La Integridad.

la gente no tomaba lo que no le pertenecía... simplemente porque no era suyo.

Pero cuando finalmente llegamos con la intención de establecernos muchos años después...

algo ya había cambiado.

Esa misma confianza comenzó a convertirse en oportunidad.

Personas compraban productos, los usaban... y luego los devolvían, porque las políticas lo permitían.

Artículos que desaparecían de los exhibidores por las noches.

Y los beneficios... empezaban a desaparecer.

No porque el sistema fallara...

sino porque nosotros comenzábamos a abusar de él, quebrando el bien común.

En lugar de valorar lo que la región les brindaba, como esa seguridad y confianza, lo veían como una oportunidad para “poseer”.

Y como bien dice el dicho: " La ocasión... hace al ladrón."

La confianza, que era parte fundamental del sistema, se convertía ahora, en un arca abierta.

No es que no sepamos lo que está mal...

es que aprendemos a convencernos de que no lo está.

Con pensamientos tan simples como:

“solo es esta vez...”

“no pasa nada...”

“todos lo hacen...”

Y en ese momento, la línea deja de ser moral...
y se vuelve conveniente.

Incluso en fechas más recientes, hubo momentos en los que la desinformación llevó a las personas a creer que ciertos robos estaban “permitidos” en California, cuando el comunicado real era que se prohibía a los empleados “que no fueran miembros de equipo de seguridad de la tienda”, intentar impedir robos por menos de \$950.00 para salvaguardar su seguridad.

Y eso fue suficiente.

Solo se necesitaba un pretexto.

No porque fuera cierto...

sino porque era mucho más conveniente querer que lo fuera...
para poder hacerlo sin culpa.

Lo fundamental es: Si se nos permitiera robar, ¿lo
haríamos?

¿Independientemente de si es moralmente correcto o no?

Si se permitiera el homicidio, ¿lo cometeríamos?

¿Están nuestros valores determinados por las acciones de los demás, por las reglas que nos imponen, o somos realmente conscientes de ellos?

¿Por qué cuándo se nos da cierta libertad, tendemos a abusar de ella y buscar obtener más?

Y ahí es donde todo se vuelve evidente.

No se trata de leyes.

No se trata de sistemas.

Se trata de algo mucho más profundo:
nuestra capacidad de justificarnos para hacer lo que nos conviene...
ignorando conscientemente el impacto de nuestras acciones... y cualquier valor moral.

Porque el problema nunca es uno.

El problema es cuando miles piensan igual...
y cada uno se dice a sí mismo que no pasa nada.

Y entonces, lo que parecía insignificante...
termina transformándolo todo.

¿Hasta dónde somos capaces de llegar...
cuando sabemos que está mal... pero decidimos hacerlo de todos modos?

¿Hasta dónde llega nuestra ignorancia?

¿O hasta dónde... nuestra conveniencia?

Me gustaría pensar que realmente no sabemos... que no sabemos, y que eso justifica nuestro actuar por ignorancia, dándonos, por lo menos, el beneficio de la ingenuidad... o quizás, de la inocencia.

Pero tristemente creo que, en el fondo, sí lo sabemos. Simplemente elegimos... no verlo.

Y tal vez, después de todo, no es que no sepamos... sino que... no queremos saber.

Seguimos viviendo desde la inconsciencia, el abuso y el egoísmo, repitiendo errores y justificándolos, llevando a consecuencias cada vez más graves, pero consensuadas por nosotros mismos.

Es como si hubiéramos hecho un pacto silencioso con nuestra propia ceguera, para no tener que enfrentar el peso de la verdad.

Y mientras no lo aceptemos, seguiremos dormidos, repitiendo el mismo ciclo, esperando resultados distintos sin cambiar nada.

Tal vez, lo más aterrador no es lo que ignoramos, sino lo que sabemos... y que aún así, decidimos ignorar.

Como decía Albert Einstein:

“La definición de estupidez, es hacer lo mismo una y otra vez... y esperar resultados diferentes.”

Quizás, el primer paso para despertar, sea atrevernos a ver lo que siempre supimos... pero... que no queremos reconocer.

Porque cuando finalmente entiendes qué es lo que haces mal... también sabes lo que tendrías que hacer para evitarlo.

Pero entenderlo... no significa cambiarlo.

Porque el problema no es la falta de información...
es la decisión de ignorarla.

Y mientras sigamos justificándonos...
mientras sigamos repitiendo lo mismo...
mientras sigamos actuando como si no pasara nada...

lo que hoy parece insignificante...

tarde o temprano...

nos alcanzará.





(28) 23.- EL PRECIO... DE NUESTRAS DECISIONES

Hoy... el mundo ya está padeciendo por nuestras decisiones.

Lo que durante tanto tiempo justificamos, ignoramos o minimizamos... no desapareció.

Se acumuló.

Y lo que alguna vez pareció insignificante,
hoy comienza a manifestarse como consecuencia.

No de un error.

No de un accidente.

Sino de una suma constante de decisiones.

Decisiones pequeñas.

Cotidianas.

A veces invisibles.

Pero repetidas una y otra vez...

hasta volverse inevitables.

La deshumanización nos está seduciendo e invitando a nuestra autodestrucción, disfrazada de evolución, de modernidad... de comodidad.

Hoy, ya podemos distinguir a quienes vagan sin conciencia, sin humanidad; seres que han entregado su voluntad a cambio de comodidad, de aceptación o de miedo.

Zombies de alma, que ya no cuestionan, no piensan, no sienten.

Queriendo creer que no saben.

Que no saben que están cediendo sus derechos.

Que no saben que están cediendo su propia voluntad.
Que no saben que su indiferencia produce abusos.

Pero tan peligrosa como su indiferencia es la ambición de aquellos que deciden por ellos: los que se erigen en dueños del destino ajeno, disfrazando su egocentrismo de autoridad, su avaricia de progreso y su control de salvación.

Entre unos y otros se construye el desequilibrio del mundo: unos ceden su poder, y otros lo toman sin derecho.

Y así, poco a poco, la humanidad se va deslizando —sin oponer resistencia— hacia su propia ruina.

Esto ha ocurrido en múltiples ocasiones, en las que un pequeño grupo toma decisiones por el resto de la humanidad, sin consultarnos, sin avisar.

De pronto, ya tenemos en construcción una planta nuclear o un acelerador de partículas del tamaño de una ciudad, con la capacidad de producir antimateria.

O bien, un sol artificial que promete energía limpia y eterna, sin considerar los riesgos de encender fuego en el cielo.

O cielos surcados por aviones que dispersan metales pesados con el pretexto de modificar el clima, jugando a ser dioses sobre un tablero que apenas comprenden.

Y cuando esas decisiones tienen consecuencias, no existe disculpa ni castigo que pueda revertir el daño causado.

Los hechos que la historia registra como accidentes...
no son más que el reflejo visible de decisiones equivocadas.

Como ocurrió en 1945 con el Proyecto Manhattan, presentado como el camino para terminar la guerra, preservar la paz y abrir la puerta a una nueva era de energía... y que terminó creando el arma más mortífera que mantiene al mundo en jaque, hasta hoy.

En 1986, la planta en Chernobyl, bajo la promesa de energía limpia, segura y moderna... y que terminó en una de las peores catástrofes nucleares de la historia.

En 2000, en Baia Mare, impulsado por la extracción de riqueza y desarrollo económico... y que terminó contaminando ríos enteros con efectos irreversibles.

En 2010, con la plataforma Deepwater Horizon, sostenida por la necesidad de energía abundante... y que terminó devastando ecosistemas completos en el Golfo de México.

En 2011, la planta nuclear en Fukushima, construida como símbolo de estabilidad tecnológica... y que terminó demostrando que la naturaleza no responde a nuestras promesas, contaminando el Océano Pacífico, desde sus costas en Japón, hasta las costas en América.

Eventos distintos.

Momentos distintos.

Lugares distintos.

Pero todos con algo en común.

Todos nacieron como soluciones.

Y todos terminaron en tragedias.

Humanas.

Ambientales.

Irreversibles.

Y en todos ellos... ¿había riesgos?

Pero por supuesto que los había!

Pero decidimos ignorarlos.

Tal vez por conveniencia.

Tal vez por presión.

Tal vez por ego.

O tal vez por algo más perturbador...

la idea de que, “si algo llegara a ocurrir...
ya no sería nuestro problema.

Y cuando la consecuencia llega...
cuando lo que se sabía se vuelve imposible de contener...

¿una disculpa revierte el daño?

¿un informe lo corrige?

¿alguien puede realmente hacer algo en ese momento?

Porque si seguimos avanzando así...
no estamos tan lejos de provocar algo que no sepamos revertir.

Como podría ocurrir con experimentos como el Colisionador de Hadrones, donde se exploran límites que apenas comenzamos a comprender, como la reproducción de un mini Big Bang, el evento más poderoso de la creación.

Algo podría salir mal, porque no tenemos la fórmula exacta para recrear las condiciones.

Y cuando eso ocurra...
no habrá disculpa suficiente.

Diseñamos tecnologías con la promesa de salvarnos, pero que en realidad nos acercan más al abismo.

Creamos reactores que pueden incendiar el cielo, desarrollamos virus letales, que podrían acabar con la vida misma, y en la actualidad, Inteligencias Artificiales que desafían las leyes naturales bajo el argumento de la ciencia y la convicción de que el hombre puede dominar a la naturaleza y a la tecnología, sin consecuencias.

Nos escudamos en la palabra accidente para no pronunciar la palabra responsabilidad.

Y así, seguimos repitiendo el mismo patrón.

El problema no es que el error exista, sino que el error sea posible.
Porque cuando se juega con fuerzas que no se comprenden, el azar
deja de ser inocente.

Porque la ignorancia puede ser humana...
pero la negación es una elección.

Y lo que estamos viviendo no es el resultado de un error aislado...
es el resultado de miles de años de decisiones acumuladas.

No cambiamos el mundo en un instante.
Lo hemos ido destruyendo poco a poco.
Justificando cada paso.
Aceptando cada abuso.
Normalizando cada exceso.

Extinguimos especies.
Agotamos recursos.
Alteramos el equilibrio del planeta.

Y lo hicimos sabiendo.
O, peor aún...
prefiriendo no saber.

Nos comportamos como una especie que consume su propio
entorno...
sin entender que depende de él para existir.

Como un virus...
que avanza hasta que ya no queda nada más que consumir.

Y entonces...
el final no es castigo.

Es consecuencia de nuestro libre albedrío.

Tal vez por eso, las profecías, los mitos y las leyendas no hablaban
de un fin abrupto...
sino de una necesidad de cambio

No de un mundo que se destruye como castigo...
sino de una humanidad que lo lleva hasta ese punto por elección.

Porque cuando una especie alcanza el nivel de poder que hoy
tenemos...

y lo usa sin conciencia, sin límites y sin responsabilidad...

ya no necesita enemigos.

Se convierte en su propia extinción.

La humanidad parece convencida de que siempre toma las mejores
decisiones, sin ver que su ansia de dominio la convierte en aquello
que el agente Smith describía frente a Morfeo: un virus que
consume su entorno hasta agotarlo.

Perseverantes y puntuales, seguimos autodestruyéndonos con
precisión matemática.

El hombre ha levantado ciudades sobre el agua, sobre la arena,
junto a volcanes o sobre fallas geológicas creyendo que podíamos
dominar a la Naturaleza, quizá... porque no conocía del todo los
límites —o los riesgos— pero casi podría asegurar, que se
conocían y que lo que realmente actúa, no fue la ignorancia, fue la
soberbia.

Pero el tiempo, reveló lo que la intuición ya sospechaba.

Ciudades que se hunden, ciudades que desaparecerán por aumento
de mareas, de erupciones volcánicas, por el paso de huracanes o
tornados.

Y aun así, seguimos construyendo en esos lugares...
peligrosamente hermosos, ignorando todo riesgo porque “tiene una
hermosa vista” o porque “es el lugar de moda”
expandiéndonos cual virus.

Porque —cuando el saber se vuelve advertencia y la advertencia se
ignora—, la inocencia se transforma en irresponsabilidad y
egoísmo.

Porque la ignorancia puede ser humana...
pero la negación es una elección.

Otros ejemplos de este materialismo ciego y arrogante se encuentran en los productos y materiales que alguna vez fueron celebrados como avances y luego prohibidos por sus efectos devastadores.

El asbesto, el plomo en las pinturas, el DDT, los pesticidas agrícolas, los cosméticos con mercurio o los conservadores a base de sulfitos... todos fueron aprobados en su momento con entusiasmo y confianza.

Hoy, forman parte del catálogo de errores que pagó la salud humana y el equilibrio del planeta.

El conocimiento avanza...
pero la sabiduría no.

Seguimos repitiendo el ciclo: aprobar, usar, dañar, prohibir, olvidar.

Y así, lo que no sabemos que no sabemos...
se convierte en el terreno fértil de nuestra próxima tragedia.

En nombre del progreso, abrimos puertas que no sabemos cerrar.
Nos fascina la idea de dominar la creación, aunque cada intento nos acerque más a nuestra propia extinción.

Y cuando algo sale mal, siempre queda el mismo refugio: una disculpa, un informe, un “no lo vimos venir”.

Pero el daño no se disuelve con palabras.
El planeta no sana con disculpas.

Actuamos como si la Tierra fuera de nuestra propiedad y las demás especies simples adornos de un paisaje que podemos rediseñar a voluntad.

Y no satisfechos con nuestra autodestrucción, hemos extendido nuestro alcance al exterminio de otros seres.

Y con cada nombre que se borra del planeta...
algo en nosotros también deja de existir.

Estamos hablando de especies enteras que no volverán a caminar
por la Tierra.
Por su Tierra.

Si estamos llegando a un punto de reseteo, como anuncian
profecías, mitos y leyendas —o como interpreto mi propio sueño
de Angelismo—, la pregunta que resuena en mi conciencia es:

¿Realmente merecemos otra oportunidad como especie?

No sé si estamos esperando ser salvados.

Porque... nadie vendrá a rescatarnos.

Nuestra supervivencia depende solo de nosotros, pero parece que
preferimos mantenernos dormidos —en estado zombi— mientras
todo siga “funcionando”.

Mientras nada nos duela.

Mientras el desastre no toque a nuestra puerta.

Y al ver todo esto...

no como hechos aislados, sino como parte de un mismo patrón...
la secuencia empieza a volverse evidente.

No es el sistema...

somos nosotros.

No nos damos cuenta...

vivimos como zombis en automático.

No sabemos lo que ignoramos...

y cuando lo sabemos... lo justificamos.

Y eso...
no se queda ahí.

Se acumula.
Se repite.
Se convierte en consecuencia de nuestro libre albedrío.

Entonces ya no se trata de lo que está pasando allá afuera...
sino de lo que hago yo con lo que ya entendí, lo que hacemos con
ello.

Porque así como llegamos hasta aquí —decisión tras decisión—
también es la única forma en la que algo puede mejorar.

Porque no se trata de cambiar al mundo.
Se trata de cambiar uno mismo, de dejar de repetir los mismos
errores.

De dejar de justificar.
De dejar de ignorar.
De dejar de actuar como si no supiéramos.

Quizá no todos al mismo tiempo.

Uno a uno.

Decisión a decisión.

Porque... justo así, llegamos hasta aquí...
y solo así, podremos cambiar el rumbo antes de que sea muy tarde.

Porque, la suma de uno a uno, puede hacer mucho.

Es fundamental destacar que existen personas conscientes, buenas y
con una admirable responsabilidad; no todos son egoístas,
irresponsables, manipuladores o fácilmente influenciados y sin
identidad. Sin embargo, al observar las estadísticas a nivel global,
pareciera que existe una clara desventaja y la balanza se inclina
descaradamente hacia un lado.

Nos enfrentamos a desafíos globales que amenazan no solo a nuestra especie, sino a todo el tejido de la vida en la Tierra. La elección está en nuestras manos: podemos seguir vagando como autómatas, como zombies, abusando o permitiendo que nos abusen, causando daño y haciéndonos los desentendidos. O, por otro lado, podemos intentar despertar, recordar nuestra humanidad y abrazar la responsabilidad de enderezar nuestro rumbo. Es difícil, diría yo que “casi imposible”, pero podemos comenzar por tratar de discernir entre lo correcto y lo que no lo es. Aunque lo bueno y lo malo son conceptos subjetivos, podemos basar nuestras elecciones en algunas premisas sencillas:

¿Mi decisión daña a otros?

¿Me daña a mí mismo?

¿Daña al planeta?

Si no lo hace... entonces quizás sea lo correcto.

Si encontramos nuestra identidad y comprendemos lo que realmente deseamos –lo que amamos, lo que rechazamos y lo que queremos construir en nuestras vidas–, y si valoramos tanto nuestra existencia como la de todo lo que nos rodea, podremos comenzar a transformarnos.

No hará falta convencer a nadie, ni forzar ni reclutar seguidores. El verdadero cambio sucede en silencio, cuando cada uno evoluciona hacia una mejor versión de sí mismo.

Quizá, visto de cerca, parezca pequeño; pero desde la distancia, se revelará como una maravillosa transformación colectiva.

Tengo un ejemplo que quizá pueda ilustrar mejor esto.

Cuando el Papa Juan Pablo II visitó la Ciudad de México, en 1979, había una bonita tradición entre los católicos mexicanos: reflejar la luz del sol con espejos hacia el cielo cuando el avión que transportaba al pontífice entraba a la capital.

Yo tenía 11 años y mi mamá me dio un pequeño espejito que ella usaba para maquillarse.

Cuando me lo dio, le dije:

“No creo que el Papa pueda ver mi espejito, es muy chiquito.”

Sin embargo, salimos a la ventana de nuestro hogar y, al ver pasar el avión, dirigí mi pequeño espejo hacia él.

Más tarde, por la noche, al ver las imágenes aéreas en la televisión, no podía creer lo hermoso que se veía desde el avión, en el que los reporteros acompañaban al Papa en su llegada.

Millones de reflejos brillaban como alegres estrellas que daban la bienvenida desde toda la ciudad.

Fue entonces cuando mi mamá me dijo:

“Uno de esos espejitos... eres tu.”





(29) 24.- MIS PRECEPTOS

Después de todo lo que había comprendido...

después de ver con claridad el papel que cada uno de nosotros juega en el rumbo de la humanidad...

después de aceptar que el problema no estaba allá afuera, sino también en mí...

vino algo que no esperaba.

No fue claridad.

No fue alivio.

Fue una mezcla incómoda de tristeza...

de decepción... de intolerancia...

y, al mismo tiempo, de responsabilidad.

Porque cuando finalmente dejas de mirar hacia afuera...

ya no queda nadie más a quien señalar.

Solo quedas tú.

Y entonces, todo se reduce a algo mucho más difícil de evadir:

qué hacer con lo que ya has comprendido.

La vida continuó y dos años más pasaron, mientras yo intentaba comprender qué hacer con aquello que había recibido y con todo lo que comenzaba a ver con mayor claridad en el mundo que me rodeaba.

Durante ese tiempo, continué mi búsqueda por encontrar a “otros” que resonaran con el mensaje —o que mostraran siquiera un interés mínimo en él— pero fue infructuosa.

Aquella emoción fugaz que me embargó años atrás, al descubrir, en algunas películas, imágenes con un paralelismo tan inquietante

respecto a las de mi sueño —que por un instante me hicieron pensar que quizá habría otras personas que también hubieran recibido el mensaje— fue enfriándose con el paso del tiempo.

De no ser por Mony, que había estado a mi lado desde el principio, compartiendo las mismas preguntas y silencios, probablemente me habría sentido completamente solo en este camino.

Con el tiempo comprendimos algo importante: no se trataba de convencer a nadie.

Solo tenía sentido compartir con quienes resonaran de manera sincera con aquello que habíamos comprendido.

Mi experiencia pasada en Landmark, terminó de confirmármelo. Nadie puede forzar a otro a ver una realidad para la que aún no está preparado. Cada conciencia se abre a su propio tiempo.

Intentar adelantar ese proceso solo genera resistencia y termina distorsionando el mensaje.

Aprendí que el conocimiento verdadero llega cuando se le busca. Y cuando se ofrece antes de tiempo, no solo pierde su sentido, sino que también se convierte en un peso para quien intenta compartirlo.

Desde mi perspectiva —y considerando los tiempos que tantas tradiciones y profecías han señalado— podríamos decir que la humanidad se encuentra ya en lo que en el teatro se conoce como la tercera llamada: el momento final antes de que inicie la función.

En ese punto ya no se trata de convencer a nadie.

Se trata de concentrarnos en construir nuestra propia arca, sin esperar compañeros de viaje ni sentir la necesidad de explicar a otros por qué debe hacerse.

Así, al no encontrar muchas almas en nuestra misma sintonía, comprendí que lo único que realmente podía hacer era reconocer mi parte en este vasto rompecabezas.

Tal vez no supe cómo impactar en los demás, pero sí tenía el poder inmediato de dejar de ser parte del problema.

Esa transformación comenzó, inevitablemente, en mi propia vida.

Pero no todos necesitamos lo mismo para cambiar.

Hay quienes simplemente deciden hacerlo.

Pero otros —entre los que me incluyo—
a veces necesitamos algo más.

Una guía.

Algo que nos ayude a recordar el rumbo
cuando la vida intenta desviarnos.

Y entonces me di cuenta de algo curioso.

Esa guía no era algo que yo tuviera que inventar.

En realidad... ya estaba ahí.

Había estado presente durante años,
escondida entre los mensajes que había recibido
y las reflexiones que habían surgido a partir de ellos.

Lo único que faltaba...

era detenerme a reconocerla.

Durante años, cada vez que un mensaje llegaba a mí —o cuando una comprensión nueva surgía de mis propias reflexiones a partir de ellos— lo anotaba en una pequeña libreta o en mi teléfono.

No lo hacía con ningún plan en mente.

Simplemente sentía la necesidad de no dejar escapar aquello que parecía importante.

Con el paso del tiempo, aquellas páginas comenzaron a llenarse de notas, pensamientos y fragmentos de comprensión.

No había orden en ellas.

Eran solo apuntes dispersos, escritos a lo largo de los años.

Fue mucho tiempo después — cuando comprendí que la guía que estaba buscando tal vez había estado conmigo todo ese tiempo — cuando decidí volver a esos apuntes.

No buscaba construir un sistema ni escribir una doctrina.

Solo quería dar forma a aquello que, poco a poco, había ido comprendiendo.

Fue entonces cuando, al ordenar aquellas notas dispersas, ocurrió algo que no esperaba.

Entre todas esas reflexiones comenzaron a aparecer con claridad algunas ideas esenciales.

No eran muchas.

Pero estaban ahí, repetidas de distintas maneras a lo largo de mis apuntes, como si hubieran estado esperando el momento de ser reconocidas.

Al reunir las y ponerlas en orden, comprendí que aquellas ideas habían estado moldeando silenciosamente mi forma de pensar, de sentir y de vivir durante años.

De ese ejercicio surgieron los preceptos que hoy me gustaría compartir contigo.

I.- Vive una vida hermosa.

No tienes que hacer que la vida sea hermosa... porque ya lo es. Solo tienes que recordar verla así.

II.- Busca el amor, encuéntralo y consérvalo.

El amor no es algo que tengas que crear.
El amor... está.

Reconócelo en TODO...
y sosténlo.

III.- Perdona y olvida de corazón.

No perdonas para absolver al otro...
perdonas para ser libre tú...

y solo serás libre...
cuando limpies tu cuerpo de resentimiento...
y ya no quede nada en ti.

IV.- Respétate a ti mismo y a todos los demás.

No puedes respetarte
sin respetar lo demás...
ni respetar lo demás
sin respetarte.

V.- Agradece, comparte y sé generoso.

El que no agradece... siente que le falta.
El que siente que le falta... no comparte.
Y el que no comparte...
nunca conocerá el agradecimiento...
porque nunca lo recibirá de otros.

VI.- Cree con todo tu corazón... en ti.

Tu capacidad de crear...
depende del nivel en el que crees en ti.

Cuando dudas de ti...
te separas de lo que realmente eres capaz de hacer.

Porque no es que no puedas...
es que dejaste de acceder a eso que ya está en ti.

VII.- Mantente íntegro; sé coherente con tu pensar y actuar.

La integridad no es lo que dices...
es lo que haces con lo que sabes.

No te debilita lo que ocurre afuera...
te debilita actuar en contra de ti mismo.

La incongruencia... te divide.

VIII.- Honra el verdadero significado de las palabras.

Honrar el significado de las palabras...
es sostener la verdad que contienen.

Cuando vacías una palabra de su significado...
vacías también su verdad.

Y con ello...
distorsionas la realidad.

IX.- En tu fortaleza de amor, paz y fe... siempre estarás a salvo.

La seguridad no está afuera...
está en el estado en el que permaneces.

Cuando permaneces en amor, paz y fe...
nada externo puede desestabilizarte.

No porque el mundo deje de cambiar...
sino porque tú no te rompes.

X.- Confía, pues todo pasa.

Confía... y mantente firme sin importar lo que esté ocurriendo.

Nada permanece igual...
Solo tú decides en qué estado estar, mientras la vida ocurre.

A lo largo de los años, estos conceptos se fueron entrelazando con los mensajes recibidos y las experiencias reveladoras surgidas de aquel trascendental sueño.

Uno de los momentos más impactantes que me llevó a reflexionar y asimilar estos preceptos ocurrió cuando nuestro amado malamute, LOBO, partió de este plano existencial.

En esos meses posteriores a cuando LOBO trascendió a ese otro estado de existencia, Mony y yo experimentamos una abrumadora oleada de emociones que nos llevó a un llanto incontrolable, casi al punto de la asfixia. Sin embargo, con el tiempo comprendimos que esta emoción no era tristeza, sino una intensa explosión de amor, tan profundo y apabullante que desbordaba nuestros corazones.

¿Cómo era esto posible?

Con el tiempo entendí algo fundamental.

El amor, la tristeza, el miedo y el enojo no son cosas distintas.
Son la misma energía.

Una energía que se genera en nuestro centro —el plexo solar—
y que el cerebro interpreta y etiqueta según el contexto en el que la
experimentamos.

Desde mi perspectiva, esto significa que en realidad
experimentamos un solo sentimiento que oscila en diferentes
frecuencias: alta o baja. Esta energía se moldea mediante nuestra
percepción y procesamiento mental, y es en este proceso donde le
otorgamos el significado que conocemos y relacionamos con el
amor, la tristeza, el miedo o el enojo.

Es por eso que escuchamos expresiones como:

Cuando estás enamorado:

“Siento que explota mi pecho.”

Cuando estás triste:

“Siento que la tristeza me ahoga.”

Cuando tienes miedo:

“Siento que el corazón se me va a detener.”

Cuando tienes enojo:

“Siento un nudo en la boca del estómago.”

Todas estas experiencias son manifestaciones de una misma
energía que surge de ese centro.

La diferencia radica en cómo la interpretamos y en el contexto en
el que la experimentamos, lo que determina si percibimos su
vibración como alta, baja, positiva o negativa.

En esencia, es como si una fábrica produjera baterías, todas
idénticas en su origen, pero etiquetadas con diferentes marcas.

¿Me explico?

Pero... ¿es posible transmutar conscientemente esta energía?

Estoy convencido de que sí.

Un ejemplo sería cuando estás triste o molesto, y alguien con la voluntad de sacarte de ese mal momento te hace reír y, en ese instante, tu mente simplemente “cambia el switch”.

Lo importante es encontrar dónde está ese “interruptor”, ese “switch” que te ayuda a transmutar la energía.

Puede ser un recuerdo, una canción, un aroma o quizá, si tienes el autocontrol suficiente, tan solo decidir hacerlo.

En nuestro caso particular, la partida de LOBO no lo alejó de nosotros, sino que lo fusionó con nuestro ser, convirtiéndolo en nuestro tótem. Pensar en él y recordarlo nos permite invocar la felicidad y transformar nuestro estado anímico en un abrir y cerrar de ojos.

Esa transformación nos ayuda a transmutar la energía negativa en positiva, y puedo decir con certeza que a nosotros nos ha funcionado.

A mí me ha funcionado.

Es importante subrayar que la interpretación de los mensajes que he compartido nace de mi experiencia personal y, aunque puede tener validez desde una perspectiva filosófica o espiritual, no se basa en estudios científicos convencionales.

La comparto con la esperanza de que pueda resultar útil a otros...

porque, al final...

no se trata de tener la razón.

Se trata de encontrar aquello que, en medio de todo,
te permita regresar al equilibrio...
a la luz.

Y esto...

a mí...

me ha funcionado.





(30) 25.- LOS GUERREROS DE LAS REDES

Antes de dejar la Ciudad de México, la vida nos dio la oportunidad de trabajar con un personaje tan polémico como fascinante. En muy poco tiempo, y gracias a nuestras afinidades en la personalidad, pasó de ser cliente de LOBO a convertirse en un gran amigo, a pesar de que nos doblaba la edad.

El arquitecto **Juan José Díaz Infante** era un científico, un buscador, un visionario, un “diseñador de espacios”, como él mismo se autodenominaba. Fue el creador del edificio de la **Bolsa Mexicana de Valores** en Reforma y de la **Terminal de Autobuses TAPO**, así como del desarrollo de **La Cantera de los Pumas**. Dejó, detrás de su muerte, un legado tan audaz como poético: el concepto que llamó **Kalikosmia**, definido como “*La casa como universo y el universo como casa.*”

A este pensamiento lo sustentaba con una fórmula propia que expresaba su visión del espacio y la energía:

$$-M + V = En$$

(Menos materia y más velocidad, es igual a más espacio en menos tiempo.)

Fue con Díaz Infante cuando Mony y yo escuchamos por primera vez, allá por finales de la década de los noventa, el término “**metafísica.**”

Durante una cena —de esas en las que hablábamos de todo y de nada, y donde para nosotros lo imposible no existía—, al final de la conversación se nos quedó mirando fijamente, sonrió y dijo con serenidad:

“Bienvenidos al mundo metafísico.”

El término “metafísica” proviene del griego antiguo. En los escritos de Aristóteles, las obras que abordaban estas cuestiones se colocaban después de sus tratados sobre física y se conocían como *ta meta ta physika*, es decir, “*lo que viene después de la física.*” Con el tiempo, esta rama del pensamiento pasó a ocuparse de aquello que trasciende lo visible: la existencia, el ser y la relación entre mente y materia.

Aquella palabra fue la primera que, de manera sencilla, explicaba nuestra forma de pensar, sentir y actuar tan diferente a la de los demás. Con el tiempo —y después del sueño del *Angelismo*—, a ese término le agregamos otro que nos definía aún mejor:

“espiritual.”

La intersección entre ambas dimensiones nos condujo a un terreno fértil para la reflexión y la exploración interior. Nos brindó las palabras para entender que las cosas suceden más allá de esta realidad aparente, y nos permitió aceptar que no todos vemos ni experimentamos lo mismo.

Años después, el **Foro Landmark** nos reforzaría esa misma comprensión con una frase sencilla pero poderosa:

“Las personas son como son.”

Este concepto implica reconocer que cada individuo tiene características, patrones de pensamiento y comportamientos inherentes a su ser. Comprenderlo fomenta la aceptación y la empatía, tanto hacia uno mismo como hacia los demás.

Así que, regresando al tema del sueño y su mensaje de *Angelismo*, fue justamente este razonamiento lo que nos hizo dejar de buscar personas afines a nuestro creer. Decidimos enfocarnos en lograr primero el cambio en nuestras propias vidas, convencidos de que, si teníamos éxito, este impactaría por sí solo en los demás. En otras palabras, si no podíamos ser parte activa de la solución, al menos podíamos comenzar dejando de ser parte del problema.

Dicen que la educación y el amor no se pueden ocultar; seguramente esto tampoco.

Corría el año **2014**. Para entonces, ya teníamos casi diez años sin ver televisión abierta. Durante años preferimos rentar películas, un hábito que habíamos adoptado con el gusto de buscar mensajes en ellas.

Así que rentábamos películas cuando **Blockbuster** aún existía y, más adelante, surgió **Netflix**.

Cabe mencionar que, desde siempre, a Mony y a mí nos gustaba ver las películas desde un punto de vista crítico. No solo recibíamos lo que las imágenes intentaban transmitir comercialmente, sino que buscábamos los mensajes en sus diálogos. Al terminar de verlas, no las clasificábamos como “buenas” o “malas”, sino simplemente como “*con mensaje*” o “*sin mensaje*.”

Nos adentramos cada vez más en esa práctica, sumergidos en la búsqueda de los mensajes ocultos que pudieran albergar las películas. Nos sorprendió descubrir que la mayoría de esos mensajes estaban a plena vista, esperando ser desvelados. Parecía que los productores nos decían en silencio:

“Si no lo estás buscando, nunca lo encontrarás.”

Con el tiempo, conseguimos contratar un servicio de cable, lo que nos brindó la libertad de elegir qué deseábamos ver. Nos enfocamos en programas sobre la vida animal, los misterios de la naturaleza y sus maravillas, o películas que seleccionábamos según nuestro estado de ánimo. Mientras tanto, surgió un fenómeno poderoso que atrapó la atención de Mony: la aparición de series que comenzaban a hablar de la historia desde una perspectiva completamente distinta.

Entre estas series se encontraba *Ancient Aliens*, la producción de *History Channel*, estrenada por primera vez en 2010. La serie se sumergía audazmente en la exploración de teorías que planteaban la posibilidad de que seres extraterrestres hubieran desempeñado un papel fundamental en los anales de la historia terrestre, ejerciendo influencia sobre las civilizaciones antiguas.

A través de entrevistas con expertos y recreaciones, la serie examinaba diversas hipótesis y argumentos relacionados con la ufología y la arqueología. Tocaba temas afines a lo que habíamos mencionado antes con el ejemplo de *La Guinda y la Cereza* o de *Quetzalcóatl y Kukulkán*. Es decir, sugería que las culturas antiguas llamaron “dioses” a aquello que no comprendían, nombrándolo con las palabras disponibles dentro de su propio contexto cultural y lingüístico. Pero, bajo nuestra perspectiva moderna, esos seres podrían entenderse no como “dioses” o “ángeles”, sino como **visitantes de otro lugar**, seres no nativos de la Tierra.

Esta perspectiva se volvió de gran relevancia para Mony. Le planteaba la inquietante pregunta de por qué una cadena dedicada al estudio de la historia de la humanidad se aventuraba a presentar una serie que cuestionaba los cimientos de esa misma historia. Importaba subrayar que no se trataba de una producción de conspiranoicos, sino de una propuesta seria, concebida y transmitida por *History Channel*.

Por invitación de Mony, vi los primeros capítulos y quedé cautivado por el intrigante contenido que ofrecían los investigadores del programa. Nos introducían en un universo de conocimiento que, con el tiempo, ganaría notoriedad entre quienes estaban despertando a una nueva realidad. Nos invitaban a cuestionar las creencias y suposiciones que moldeaban nuestra percepción del mundo, y nos enfrentaban a una posibilidad desconcertante: que todo cuanto creíamos conocer pudiera estar equivocado.

Nuestro interés en el tema seguía creciendo; nuestra identidad se volvía cada vez más sólida; la creencia en los mensajes recibidos se afianzaba en nosotros, y el conocimiento —no siempre positivo— nos hacía ver la vida a través de nuestro propio cristal, ventana por la que parecía nadie estar mirando.

Retomando el hilo cronológico, nos situamos en el año 2016, cuando las redes sociales y los servicios de video en línea ya habían asumido un papel fundamental en la vida cotidiana de

innumerables personas alrededor del mundo. Estos medios digitales no solo continuaron su expansión, sino que evolucionaron a un ritmo vertiginoso.

Si bien *YouTube* tuvo sus inicios como una plataforma de videos breves —caracterizada por clips virales y contenido amateur—, con el tiempo floreció en un escenario propicio para una amplia variedad de contenidos, incluidos videos de larga duración. A medida que tanto los creadores como la audiencia se adaptaban, surgieron figuras cautivadoras que se aventuraban en todo tipo de temáticas.

Lo que más nos atraía eran aquellos creadores enfocados en el despertar espiritual, la búsqueda de verdades ocultas y los misterios del alma. Mony fue encontrando, poco a poco, canales de YouTubers que hablaban de estos temas con una resonancia profunda. Sentíamos que, al fin, la respuesta anhelada con tanta intensidad estaba llegando.

La gente hablaba abiertamente del poder interno para materializar realidades, algo que ya habíamos experimentado por cuenta propia. Se hablaba de espiritualidad, de canalización, de ángeles, de otras dimensiones, de mensajes recibidos y de su interpretación. Todo eso nos llevó a profundizar aún más en el estudio de las enseñanzas compartidas por esas voces visionarias.

De pronto, los YouTubers se adentraron en nuestras vidas como mensajeros de lo insondable, desatando una cascada de reflexiones. Fuimos testigos del surgimiento de incontables canales, muchos de ellos desde el Viejo Mundo: la Península Ibérica. A medida que nos adentrábamos en ese universo de contenido, comenzaron a aparecer voces que, desde distintos enfoques, parecían apuntar hacia una misma dirección.

Algunas de estas voces —provenientes principalmente de España y Latinoamérica— como las de José Luis Camacho (JL), Iván Martínez, David Parcerisa o Christian Contreras Radovick (Doctor File), abordaban estos temas desde la lógica, la investigación y el análisis estructurado de la realidad, sin recurrir necesariamente a la

fe o a la religión. Exploraban las antiguas civilizaciones, reinterpretando los relatos mitológicos y religiosos como posibles registros simbólicos de encuentros con inteligencias no humanas, sugiriendo que lo que alguna vez fue llamado “dios” o “ángel”, podía ser entendido desde una perspectiva completamente distinta.

Otras, como Latife Soto e Ingrith Schaill, hablaban desde la experiencia directa... afirmando mantener contacto con otras formas de conciencia, como “ángeles”, y compartiendo sus vivencias no como un acto de imposición, sino como una invitación a cuestionar lo que creemos saber. Voces profundamente espirituales, que abordaban temas como los guías, la energía o la conciencia... no desde el dogma, sino desde la experiencia.

También estaban Robert Martínez y Sixto Paz Wells, compartiendo experiencias que desafiaban los límites de lo que considerábamos posible —viajes astrales o contactos programados con entidades no humanas— y proponiendo una comprensión más amplia de la conciencia, la energía y la materia... incluyendo la posibilidad de la existencia de “seres” que nos visitan, o incluso, que están aquí, como parte de un mismo entramado aún no comprendido del todo.

Y, por otro lado, estaban quienes —como Wilmer del canal 2020— interpretaban los acontecimientos desde una visión más apegada a las escrituras, proponiendo una lectura profética de lo que ocurría en el mundo.

Lo más impactante no era la diferencia entre sus discursos... sino la coincidencia en el fondo de todos ellos.

Cada uno, desde su propio lenguaje, parecía estar señalando lo mismo:

Un tiempo crucial de cambio, un final y un nuevo comienzo.
Que el ser humano ha olvidado su esencia.
Que la desconexión no es externa, sino interna.
Y que el verdadero cambio no depende del mundo... sino de nosotros.

Todos ellos, desde distintos enfoques, compartían un propósito común: **despertar a la humanidad**, inspirar a ir más allá de lo aparente y forjar un camino hacia la autotrascendencia. A través de la parapsicología, la religión, la metafísica, la astrología, la astronomía o la antropología, exploraban los secretos ancestrales que unían todas las culturas.

Sus investigaciones e historias nos sumieron en la certeza de que el momento anhelado había llegado. Estábamos inmersos en un despertar espiritual masivo, en sintonía con los mensajes emanados de nuestro sueño del *Angelismo*. Sintonizábamos con conceptos como la deshumanización del hombre y la inminencia del cambio. Sabíamos que debíamos transformar nuestra conducta para dar el salto evolutivo predicho por antiguas tradiciones y profecías.

De repente, *YouTube* se reveló como el medio elegido por estos guerreros: un portal desde el cual transmitir sus mensajes al mundo. Su lenguaje nos resultaba transparente. No proponían doctrinas ni religiones, tampoco fanatismos; hablaban en un código compartido, accesible solo a quienes vibraban en la misma frecuencia. Su objetivo era claro: **difundir la luz y resonar con quienes estaban listos para escuchar.**

Nosotros fuimos testigos de ese esfuerzo noble... algo que yo mismo no había conseguido realizar.

No porque no creyera en el mensaje... sino porque me detuve.

Me detuve a entenderlo, a procesarlo, a buscar a otros que confirmaran que no estaba equivocado.

Mientras tanto... muchos de ellos ya estaban actuando.

Hablaban, compartían, se exponían... sin importar quién los escuchara, sin esperar aprobación, sin necesidad de validación.

Y ahí fue donde tuve que aceptar algo incómodo:

que mientras yo buscaba certeza...
ellos ya estaban cumpliendo con lo que el mensaje exigía.

No era falta de tiempo.
No era falta de claridad.

Era falta de acción.

Y entender eso... fue asumir también mi responsabilidad.

Sin embargo, estos apasionados mensajeros se lanzaron a una empresa valiente. Personas de todo el mundo se unieron a la causa, decididas a quebrantar las convenciones y forjar una nueva realidad, libre de ataduras. Invitaban al cambio, a una transformación que resonaba con antiguas leyendas, mitos y profecías. La esperanza para la humanidad se perfilaba en el horizonte, siempre y cuando fuéramos capaces de enderezar el rumbo en este periodo de decadencia. Nos encontrábamos ante la urgencia de una transición: **transmutar la energía negativa que abrazaba a la humanidad en luz positiva.**

A medida que seguíamos su obra, empecé a notar algo fascinante: aunque todos compartían la misma intención de despertar, no todos lo hacían desde el mismo lugar.

Esta oportunidad de conocer su trabajo, sus investigaciones, sus propuestas —que llegaban a nosotros con la sincronicidad perfecta de este momento de despertar espiritual que atraviesa la humanidad— me llenaba de alegría. Era inspirador observar que tantas personas estaban destinando sus recursos disponibles a la difusión de mensajes metafísicos y espirituales, buscando proporcionar una comprensión más profunda de estos temas.

Sin embargo, resulta notable que no todos han experimentado directamente estos fenómenos. Algunos se centran únicamente en investigarlos, otros actúan como canales de transmisión, algunos se dedican a recopilar información y divulgarla, mientras que un grupo muy reducido sirve como receptores y transmisores de información entregada a ellos directamente.

Este discernimiento me llevó a identificar seis roles principales en este contexto. No pretendo etiquetar, sino distinguir, ya que cada rol tiene características particulares y nos ayuda a identificarlos mejor cuando hagamos referencia de cada uno. En mi opinión, estos roles son los siguientes:

1.- **Investigador:** Busca respuestas a través del análisis, la observación y la investigación estructurada. Su conocimiento proviene del estudio, no de la experiencia directa. Este grupo, "Descubre... pero no necesariamente revela".

2.- **Divulgador:** Toma información existente y la hace accesible para otros. No investiga ni experimenta directamente, pero sabe traducir todo lo recopilado en información comprensible. Este otro grupo, "No descubre... pero revela".

3.- **Investigador-Divulgador:** Investiga, analiza y comparte. Genera conocimiento a través del estudio y lo transmite activamente. Su conocimiento proviene del estudio, no de la experiencia directa. Este tercer grupo, "Descubre... y revela para que otros comprendan".

4.- **Contactado Receptor:** Recibe información directa de origen no convencional, pero no la divulga activamente. La experiencia permanece en su ámbito personal. En este cuarto grupo, "Reciben... pero no revelan".

5.- **Contactado Mensajero:** Recibe información, la interpreta y la comparte. Asume la responsabilidad de transmitir el mensaje desde su experiencia. Los de este grupo, "Reciben... y revelan".

6.- **Canalizador o Catalizador Metafísico:** Canalizador o Catalizador Metafísico. Establece una conexión consciente y permite la transmisión directa de información. Actúa como un conducto entre planos de conciencia. En este sexto y último grupo, "Transmiten lo recibido".

Comprender estos roles no solo ordenó lo que estábamos viendo...

también confirmó la magnitud de lo que estaba ocurriendo.

No todos los “guerreros” luchaban con las mismas armas, pero cada uno cumplía una función indispensable dentro del mismo propósito: elevar la conciencia colectiva y abrir nuevas rutas de comprensión para la humanidad.

En definitiva, estos **guerreros de la luz**, con su esfuerzo y su pensamiento fuera de lo convencional, allanaron nuestro camino hacia la comprensión de conceptos que aún nos resultaban misteriosos. Iluminaron ideas que, tímidas, comenzaban a brotar, buscando cobrar vida en nuestra realidad.

Mony y yo ya habíamos forjado una identidad sólida y adoptado decisiones respecto al *Angelismo*, al sueño y a los mensajes recibidos, así como a la figura de **Uriel**, cuya presencia continuó impactando nuestras vidas en los años venideros.

Nos hallábamos en una **balanza cósmica**, y la obscuridad hacía su contraparte. La plataforma virtual no solo cumplía la función de transmitir el mensaje a quienes, como Mony, lo buscaban; también se convirtió en un espejo de los horrores del mundo, donde la **deshumanización** se manifestaba de forma inmediata y global.

Allí se exponían, documentados en video y en tiempo real, los desastres que acontecían a nivel mundial: cataclismos naturales de proporciones épicas, enfermedades, y —tristemente— la evidencia de cómo nuestra estupidez y nuestro egoísmo nos conducían a la autodestrucción. Todo confirmaba nuestro presentimiento acerca de la deshumanización.

Con los años, los presentadores fueron puliendo sus técnicas de comunicación: su hablar se volvió más fluido, sus videos ganaron calidad y sus contenidos mostraban cada vez más lógica y fundamento. Fueron surgiendo nuevos **mensajeros**, y los algoritmos de *YouTube* funcionaban a la perfección: al identificar los temas que nos interesaban, nos mostraban cada vez más contenido relacionado. Y, como en todo en la vida, era necesario discernir, “*separar la paja del trigo.*”

El mensaje estaba ahí afuera, y con emoción comprendíamos que no se trataba ya de una experiencia personal ni de la interpretación de un complejo sueño que nos había llevado años entender. Ahora, la magia del internet nos brindaba la herramienta exacta, en el momento preciso, para **encontrarnos, compartir los mensajes recibidos y asumir la responsabilidad que implicaba haberlos recibido.**

Así fue como, a través de un monitor, conocimos a nuestra nueva manada... esos **Lobos de Luz** que nos hicieron sentir que no estábamos solos, después de tantos años de búsqueda.

Lo curioso —o quizá lo triste— es que tuvimos que encontrarlos en otros continentes, muy lejos de nuestro hogar. Pero aun así, los adoptamos como familia. Hablaban nuestro idioma, se hacían las mismas preguntas, se lamentaban por las mismas heridas del mundo.

La empatía con su conocimiento fue inevitable: sus investigaciones, sus inquietudes, sus interpretaciones de la vida y de lo que en ella sucedía, nos ayudaron a madurar nuestras ideas, a complementarlas... y por qué no, a transformarlas.

Nunca imaginamos que esta nueva manada sería nuestra familia unos años más adelante. Ellos serían quienes nos acompañarían durante un encierro global, que —aunque sin saberlo— estábamos esperando desde aquel día del sueño, donde el mensaje que faltaba confirmar era claro:

“Quédate en tu casa”.

